

guardia nacional del Estado que tantos timbres alcanzó en aquella campaña y que tan firme apoyo fué despues de los principios liberales.

No por estar ocupado Ocampo en las cosas de la guerra, se olvidó de su pensamiento dominante: la instruccion pública. En medio de la penuria del erario, consiguiente a aquella situacion, halló fondos para establecer escuelas; y por primera vez entonces, las grandes municipalidades de indígenas oyeron enternecidas la voz balbuciente del niño deletreando el silabario.

Las ideas de patriotismo que tan puras y regeneradoras cundieron inmediatamente despues de la independenciam, principalmente en los colegios, encontraban ya su mayor enemigo en las aulas seminaristas; y cuenta que en aquella época el clero tenía monopolizadas las cátedras. La gran cuestion de *la enseñanza laica*, era totalmente desconocida entre nosotros; no solo, si alguien se hubiese atrevido a proponerla, fundándola en su importancia social y política, hubiera encontrado una resistencia tal que habria hecho inútiles todos sus esfuerzos. Ocampo que lo comprendia bien, pero que no vacilaba en llevar a cabo esta revolucion bienhechora; sin revelar el objeto de sus miras y antes bien, como halagan-

do las ideas del clero, restableció el extinguido colegio de San Nicolás obispo, a cuya historia están unidos los nombres de Fray Juan de San Miguel, D. Vasco de Quiroga, de Hidalgo y de Morelos: en 17 de Enero de 1847, se abrieron a la juventud las puertas de ese *instituto civil*, honor y gloria de Michoacan. Como un tributo a la justicia, debemos consignar aquí, que en esta empresa fué muy eficaz la cooperacion del entusiasta doctor D. Juan Gonzalez Urueña; pero sobre todo la del distinguido patricio Santos Degollado quien desde algun tiempo ántes había concebido llevar a cabo esta obra importante. El Sr. Degollado disfrutaba un elevado empleo en la Hacenduria de la Catedral, que le grangeó cierta influencia entre los canónigos, influencia que él supo aprovechar para que se cediesen al gobierno los capitales de aquel antiguo colegio, el primitivo en la Nueva España. Así, la historia de ese establecimiento consigna en sus páginas, nombres ilustres de santos obispos; de humildes, pero tERNOS y generosos evangelizadores; de los dos mas grandes héroes de la Independencia—Hidalgo y Morelos—y de los dos mas notables campeones de la guerra de Reforma, Ocampo y Degollado.

*
* *

Se ve pues que el Sr. Ocampo consagró todo su pensamiento a la educacion literaria de la juventud en medio de circunstancias tan dificiles para la nacion. Cualesquiera que fuesen las necesidades de actualidad, en aquella época en que no podemos decir si habia mas peligros para la patria de parte del Ejército norte-americano ó de parte del bando clerical que, por salvar una pequeña parte de sus intereses, provocaba asonadas y ponía toda clase de trabas al gobierno de la nacion, Ocampo comprendia que el porvenir de la república no es otro que abrir a los jóvenes las puertas del saber, fuente de patriotismo y secreto donde se encierran la fuerza y el valor civiles.

Su nombre habia alcanzado todo el prestigio que da el patriotismo desinteresado, y lo vemos

figurar, compitiendo con el de D. Valentin Gómez Farías en la eleccion de Vice-presidente de la república hecha por el Congreso de la Union, en momentos en que ese funcionario debia forzosamente entrar a hacerse cargo de la presidencia, por hallarse a la cabeza del ejército el general Santa-Anna, nombrado presidente.

El Sr. Ocampo permaneció en el gobierno hasta el 29 de Marzo de 1848, en que admitida su renuncia entró a sustituirle el gobernador interino ciudadano *Santos Degollado*. Durante el desempeño de su encargo, al mismo tiempo que fundaba escuelas y abría colegios, prestó importantes servicios a su patria en aquella injustificable guerra que no reconoce otro origen que la frase cabalística y ambiciosa del *destino manifiesto*, alentó el patriotismo de los pueblos, envió dinero y armas para la campaña contra los americanos, siendo Michoacan y San Luis Potosí los dos Estados que se distinguieron por su desprendimiento y avivó el espíritu público de los michoacanos, participándoles con toda verdad los sucesos desgraciados de la guerra. Son notables en este sentido su proclama despues de la batalla de Padierna y su carta al general Valencia, reprochándole su desobediencia a las órdenes del

superior y su desacierto en la direccion de ese infausto hecho de armas.

Por algun tiempo y con licencia de la legislatura del Estado, se reunió en Querétaro con el gobierno general, emigrado de México, asistiendo a las dos juntas de gobernadores, convocadas por el Sr. Peña y Peña a fin de tratar asuntos importantísimos, entre ellos las bases para los tratados de paz con la República del Norte que poco despues se celebraron en la ciudad de Guadalupe Hidalgo.

Mas tarde, habiendo renunciado el cargo de Gobernador, volvió a Querétaro a ocupar su asiento en el Senado, y aunque las Cámaras del Congreso no pudieron reunirse el dia señalado, el Sr. Ocampo ayudó al Gobierno con sus sabios consejos que no fueron escuchados del todo, en medio de tantos intereses opuestos y de la confusion de tan diversos elementos como había en torno de aquel gobierno.

Ocampo quería, ó la paz con la dignidad, ó la guerra indefinida.

*
* *

Hemos indicado que su permanencia en Europa le habia hecho contraer algunos créditos que unidos a los veintisiete mil pesos que reconocia en Páteo a favor de un coheredero doña Francisca Tapia, importaban una suma considerable que el Sr. Ocampo quiso pagar, sin omitir sacrificio alguno. Con este objeto propuso en venta la referida hacienda, que compró el Sr. D. Claudio Ochoa, habiéndose reservado su antiguo propietario una fraccion inculta que se llamaba «Rincon de Tafolla.» Libre de esos compromisos, se consagró a formar su nueva finca rural: tomas de agua, potreros para las sementeras, bosques, jardín, una modesta, pero poética casita; he aquí la Ferney del filósofo michoacano. Los viageros que hacen el camino entre México y Morelia, nunca pasan por aquel sitio sin exha-

lar un suspiro a su memoria. Los que por primera vez transitan por aquel lugar preguntan cual de aquellas haciendas pintorescas se llama POMOCA.

Pomoca, el anagrama de Ocampo, es hoy el nombre de la humilde alquería.

A pocos pasos corre un manso arroyuelo, cuyas márgenes están cubiertas por seculares y oscuros sabinos que forman un bosque misterioso. ¡Cuántas veces el sabio naturalista se entregaba a la sombra de aquellos árboles á meditar en el porvenir de su patria! Quería la regeneracion de esta, no por la fuerza de las armas en combates sangrientos, sino por medio de la instruccion que es el bautismo purificador de los pueblos. Quería la prosperidad pública y el bienestar privado no por la burocracia, sino por el trabajo libre, el sudor del hombre, agua santa que fecundiza la tierra y hace producir la riqueza. Cáliz era su corazon, lleno de amor, y por eso le espantaban tanto las guerras civiles: y desde el fondo de su retiro, enviaba a su país, envuelto en los horrores de la revolucion, aquella frase cristiana y sublime que puede considerarse como el lema de su vida pública: "HABLANDO Y NO MATANDO ES COMO HABREMOS DE ENTENDERNOS."

Pero si sus manos nunca empuñaron el arma fratricida, no por eso Ocampo esquivaba el combate. Campeon denodado del progreso y de la libertad de los pueblos, entraba con fé y con valor a la lucha, pero a la lucha de la inteligencia contra las preocupaciones, del derecho contra la tiranía. Su campo de batalla era el terreno de una leal y franca discusion. Sus folletos contra los abusos del clero y contra el despotismo del partido conservador eran para sus enemigos armas terribles que iban a herirles siempre en el corazon, en tanto que para sus amigos eran páginas santas del evangelio de la Democracia. Sus escritos se leían con avidéz en toda la república y se conservan todavia como veneradas reliquias.

*
* *

Concluida la guerra con los americanos, la nacion entró en un momentáneo reposo que todos creían un síntoma de bienestar y de paz. Tanto el gobierno de la Union como los de los Estados se apresuraron a emprender vigorosamente la reorganizacion política y administrativa del país, tan desatendidas durante la guerra. El Congreso

había declarado presidente de la República al general D. José Joaquín de Herrera, uno de los hombres públicos más patriotas y probos que han honrado la suprema magistratura.

El ejército invasor se había retirado en virtud del término de la guerra, y los Poderes de la nación volvieron a ocupar la capital. Allí vemos de nuevo figurar al Sr. Ocampo, entre los miembros más distinguidos del Senado, en cuya Cámara propuso varios proyectos que tendían a llevar a cabo la obra de la reorganización.

Fácilmente se comprende que en aquellas circunstancias, el ramo de la administración pública que más necesitaba de un cuidado especial, era el de la hacienda. El Sr. Ocampo fué llamado a ese ministerio, en sustitución de D. Francisco Elorriaga, en 1.º de Marzo de 1850. Se entregó con decidido empeño, y con la abnegación que le era genial a moralizar la recaudación de los impuestos y a crear, por decirlo así, el orden y la economía en las oficinas.

Comprendiendo que en el sistema hacendario, más importa la estricta aplicación de una ley sencilla que la aglomeración de nuevos proyectos; en vez de proponer, como era costumbre de cuantos entraban a encargarse de esa Secretaría de Estado, un plan nuevo de arbitrios, todos sus esfuerzos

se dirigieron a que el Congreso se ocupase de las iniciativas que le habían sido presentadas por los anteriores ministros, esperando indicar en la discusión las reformas que le parecían convenientes; pero el cuerpo legislativo dedicó sus labores a otros asuntos de menor importancia, y viendo el Sr. Ocampo que no eran secundadas sus justas aspiraciones, renunció el ministerio y se retiró a la soledad de su finca, como lo hacía siempre que su alma estaba cansada.

*
* *

El año de 1851 vino lleno de agitaciones a presenciarse una de esas luchas electorales más reñidas y de más oscuro éxito que hayan tenido lugar en el país. El partido conservador que se había aprestado a la contienda por medio de sus periódicos—en México con el *Universal* y en Michoacán con el *Sentido Común*—se presentó insolente y audaz en los comicios, haciendo jugar el prestigio de la religión y el poder del tesoro clerical, en favor de sus candidatos. Sin embargo de todo ese imponente aparato, los liberales obtuvieron un espléndido triunfo: el general Arista ocupó la silla presidencial, y decretó el

de la Legislatura de Michoacan que declaraba al C. Melchor Ocampo gobernador constitucional del Estado, fué a sorprenderle en su querida Pomoca y a arrancarle de sus estudios tranquilos y de las gratas labores de sus siembras.

La derrota electoral del partido retrógrado produjo en este, tal rabia de despecho é impotencia, que desde aquel tiempo se viene notando el furor con que el clero se ha lanzado a combatir á los liberales, ya gastando, como en la revolucion de Jalisco, sus cuantiosos tesoros; ya sosteniendo y casi deificando a Santa-Anna, el hombre más funesto de México: ya haciendo levantar al ejército contra la nacion, como en las revoluciones de Puebla y como en la que proclamó el plan de Tacubaya; ya trayendo al extranjero para teñir con sangre del mexicano los verdes campos de la patria, como en la intervencion francesa, ya como hoy en que ha armado el brazo del fanatismo, ora con el puñal del parricida, ora con la tea del incendiario.

Así es que tal nombramiento no solo era la expresion del afecto que el partido liberal michoacano profesaba a su candidato; significaba tambien los deseos de dar un paso en la reforma del clero, como una necesidad que cada dia veniase

haciendo mas apremiante por los abusos que los clérigos cometian en el desempeño de sus deberes y por el insultante orgullo que desplegaban los altos miembros de la gerarquía eclesiástica. En esos dias, el Sr. Ocampo, no contento con publicar folletos que ponian de manifiesto esa conducta reprensible de los ministros de un Dios que vino al mundo a predicar la humanidad y el amor a todos los hombres, habia solicitado de la Legislatura la reforma de los aranceles parroquiales.

La eleccion del Sr. Ocampo indicaba, pues, el triunfo de las aspiraciones del partido liberal.

Aunque el decreto de la declaracion estaba fechado en 28 de Febrero de 1852, Ocampo no tomó posesion de su encargo, sino hasta el 14 de Junio siguiente. Recordamos que su primera visita oficial—él la llama visita de familia—fué al colegio de San Nicolás de Hidalgo. Pasó revista a aquella juventud que él decia su ejército, dirijiendo algunas preguntas y algunas frases llenas de ternura a los estudiantes más niños, a quienes nombraba *los cazadores*.

Dos meses despues, la guerra civil habia levantado su repugnante bandera en la capital de Jalisco y no tardó en vérsela aparecer en Michoa-

can, cargada con las nubes sombrías de un futuro borrascoso.

Llegó el 16 de Setiembre de ese año. Morelia se apresuró a celebrar con espléndidas fiestas el aniversario de la independencia nacional; y para dar más realce al programa, la junta patriótica nombró orador al ciudadano Melchor Ocampo.

Estábamos en ese día confundidos entre los alumnos del colegio civil que asistían al acto oficial; vimos levantarse del sillón al insigne patriota, que subió a la tribuna y quedó frente a frente del retrato de Hidalgo. ¿Qué simpática relación había entre esas dos grandes figuras de nuestra historia? No nos lo explicábamos entonces, pero nos parecía que las palabras de Ocampo hallaban una acogida protectora en la imagen del venerable anciano de Dolores.

El discurso del orador causó profunda sensación en el Estado. Todavía hoy se citan sus palabras solemnes, sus frases sentenciosas y la energía del estilo. Pintó a grandes rasgos el cuadro sombrío de la situación, espuso los peligros en que se veía envuelto el porvenir y conjuró al ángel de la unión para que cobijase con sus alas al gran partido liberal. Estaban húmedos los ojos del tribuno, y la emoción arrancó lágrimas a los

oyentes que se dispersaron silenciosos, agobiados de la mas profunda tristeza. No queremos pasar desapercibido que entre estos se hizo notar el rector del colegio Seminario, D. Pelagio Antonio de Labastida a quien la opinión pública suponía uno de los directores de la revolución en Michoacán.

Es bien sabido en esta ciudad que habiéndose denunciado entonces una reunión de conspiradores, en la que figuraban los hombres mas notables del partido conservador y del clero, una noche se presentó Ocampo en medio de ellos, logrando con sola su presencia desconcertar sus planes y hacer abortar un motin que debía tener próximamente su verificativo en la capital misma del Estado. Aunque en la junta, que se celebraba en uno de los conventos de esta ciudad, no halló el gobernador una prueba evidente de que en ella se conspiraba; algunos de los conjurados, temerosos de que más tarde se averiguase la verdad, salieron a reunirse con los revolucionarios, y otros más confiados se quedaron aquí; pero de todos modos, Ocampo logró su objeto, evitar un escándalo en la capital. Sin embargo, la opinión pública, y con ella datos irrecusables, denunciaban al antiguo reaccionario, general D. José de

Ugarte, de estar fomentando la revolucion y prestándole todo el apoyo que le daba su prestigio de jefe del ejército y de persona caracterizada. El gobierno ordenó su prision, y llevada a cabo, supo el Sr. Ocampo que la familia del preso estaba entregada al llanto y sumergida en la más profunda afliccion. No pudo su alma sensible mirar esta situacion con la indiferencia del juez ni con la sangre fria del partidario, y aquel conspirador fué puesto en libertad, sin condicion alguna, acto que nadie dejará de considerar sino como una debilidad; pero que prueba cuánta era la bondad de sentimientos del Sr. Ocampo.

La révolucion de Jalisco, aunque proclamaba los principios de los liberales, no engañó a estos que no vieron en ella sino los manejos ocultos del partido clerical, partido que nunca ha definido netamente su programa político, que siempre ha querido halagar al pueblo, apellidando las ideas de libertad y de patria y que avergonzado de sus propias aspiraciones, busca ocultarlas con el manto de las ideas republicanas.

Bien comprendieron los demócratas a dónde se dirigian las tendencias de los que habian promovido el motin acaudillado por Blancarte: contra él protestaron enérgicamente el Sr. Ocampo,

governador de Michoacan y los de los Estados de México, Puebla, Querétaro, Guanajuato, Veracruz, San Luis, Oaxaca, Zacatecas, Guerrero y Tamaulipas.

Los pueblos de la República no fueron indiferentes a ese grito de alarma del patriotismo, y en todas partes, la revolucion de Jalisco causó profunda indignacion.

Pero entre los pueblos de la República, hay uno de gloriosos antecedentes, inscrito con letras de oro en la historia de nuestra independenciam, grande por el valor de sus hijos, patriota hasta el fanatismo y que es el orgullo de Michoacan. Por díamos abstenernos de escribir su nombre, porque todos saben que se trata de Zitácuaro.

En esa tierra de héroes, el grito retrógrado de Guadalajara produjo una reaccion contraria, y en Diciembre del mismo año, los vecinos de la heroica villa se agruparon en la sala municipal y *levantaron una acta de pronunciamiento.*

Los que dieron hospitalidad á Rayon, los que dieron dias de gloria á la patria en las asperezas de aquella serranía y en la majestuosa cumbre del Cópore y los que dieron lecciones de arrojo y de temeridad á las huestes españolas, proclamaron entónces, por primera vez en México, la

tolerancia de cultos, la abolicion de las alcabalas, la secularizacion de los bienes eclesiásticos para proteger y fomentar la industria y la supresion de los privilegios del clero y del Ejército.

Los habitantes de Zitácuaro sabian bien que este plan revolucionario era el credo político del C. Melchor Ocampo, y por eso, el filósofo era llamado en él a ser el caudillo del movimiento republicano.

Ocampo ántes que partidario, antes que político, era el hombre de la conciencia severa y del deber puro y limpio y se negó a autorizar aquel pronunciamiento, que tanto halagaba su corazón, pero que tendría que combatir como gobernante leal y honrado.

Estos mismos sentimientos le impelian a consagrar toda su atencion a la campaña. Reunía a toda prisa los elementos con que contaba Michoacan para combatir a los rebeldes.

Inútiles fueron sus esfuerzos. Los vergonzosos tratados de Arroyo-Zarco y el impolítico golpe de Estado de Ceballos, introdujeron el pánico entre los liberales. Los acontecimientos se precipitaban y la confianza habia desaparecido. Hizo Ocampo renuncia del gobierno: el 24 de Enero de 1853 le fué admitida en el mismo decreto en

que la Legislatura le acordaba un voto de gracias por el buen desempeño de su administracion.

Si Ocampo hubiera querido, el pueblo de Morelia que le amaba y le veneraba como un padre, se habria levantado en masa contra la revolueion; pero mas que gobernante, Ocampo era filósofo, y un derramamiento inútil de la sangre de sus hermanos, habria sido un remordimiento para su corazón.

Tranquilo y sin afectacion ninguna preparó su viage a la vista de todos, y aceptando los servicios del honrado, cuanto leal amigo suyo, D. Cayetano Gómez, marchó a la hacienda de S. Bartolo, propiedad de aquel señor: desde allí escuchó el estrépito lejano de las armas, siguió la caída desastrosa del partido liberal y supo que se entronizaba en la nacion el gobierno militar de Santa-Anna.

*
* *

De nuevo los solitarios bosques de Pomoca le vieron llevar sus lentos pasos, de la biblioteca al jardín, del jardín a las sementeras, de allí a la cabaña, donde alguno de sus peones se hallaba en-

fermo, para prodigarle sus consuelos, recetándole él mismo y proporcionando a la familia los medios de subsistencia que aquel no podía entonces ministrarle.

Todo un libro se necesitaria para referir los actos de caridad oportuna que ejercia con tanta frecuencia, así como su generosa proteccion a los jóvenes que emprendian alguna carrera literaria, a propósito de lo que podriamos referir interesantes episodios, que callaremos por no lastimar a algunas personas que viven hoy colocadas en la sociedad, si nó de una manera brillante, sí disfrutando de consideraciones que deben su origen a la munificencia y al desinterés del filósofo.

No dejaremos, sin embargo, de consignar algunos hechos que demuestran hasta qué grado llevaba aquel hombre benéfico la santa accion de su filantropía. Antes, manifestaremos que, estando en el gobierno del Estado, fundó y reglamentó el hospicio de pobres que subsiste todavía, acogiendo a muchos desvalidos, para quienes seria imposible recurrir a la caridad de los particulares.

*

El Sr. Ocampo compró un solar en esta ca

pital para dedicarse al cultivo de las flores en los ratos que le dejaban libres los trabajos del gobierno. Sembró plantas esquisitas, confiando el cuidado del jardin a un hombre del pueblo, permitiéndole que vendiera las flores, sin más restriccion que la de dar a una hija del propietario las que quisiera para su tocador. Una vez que aquella jóven hizo uso de tal derecho, el ingrato jardinero le manifestó su desagrado en términos descomedidos. Luego que el Sr. Ocampo supo tan desagradable ocurrencia, quiso vengarse del ofensor de su hija y lo hizo como acostumbraba. Remitió la escritura pública en la que transmitía al jardinero la propiedad de la casa y solar a título de donacion perpétua.

*

Otra vez llegó a manos del Sr. Ocampo un folleto en él que lo injuriaba gravemente el mé-dico D. José Indelicato. Sus amigos pensaban que el ofendido pediria satisfaccion individual a su calumniador, ó por lo menos que, hecha la denuncia del libro infamatorio, aguardaria el castigo del escritor insolente. No fué así: hizo que se le diera una fuerte cantidad de dinero, di-

ciendo: "Este desgraciado me insulta porque tiene hambre."

Pocos días después el médico reconocido escribió un artículo en que ponderaba las virtudes de su benefactor.

*

Un día se hallaba debajo de unos árboles a la orilla del camino, cuando llegaba a su hacienda un atajo suyo que le servía para trasportar las semillas. Un peon que no le había visto, exclamó:

—Con este atajo sería yo feliz.

—Tómalo, es tuyo, contestó Ocampo, y haz porque se realicen tus deseos, pensando en tu familia.

*

Otra vez venía caminando de Tuxpan para Pateo en compañía del Sr. Lic. Luis Couto. Les sorprendió una tempestad deshecha. El Sr. Couto se abrigó con un capote de hule y Ocampo se tapó con un magnífico zarape del Saltillo que acababa de comprar en ciento cincuenta pesos. Un pobre salió al encuentro de los dos viajeros.

pidiendo una limosna. El Sr. Ocampo se quitó el zarape y lo ofreció al mendigo que asombrado le dijo:

—No señor, el zarape hace falta a su merced.

—Recíbelo. Yo voy a llegar a la hacienda y no lo necesito.

—Pero dirán que me lo he robado, señor.

—Di que yo te lo regalé.

El Sr. Ocampo sabía en efecto que al escuchar su nombre, nadie podía dudar de la verdad del regalo.

El filósofo llegó a su hacienda, enteramente mojado, porque no quiso reservarse ni siquiera la mitad del abrigo.

*

Se cuenta que una tarde venía por el camino de México, montado en mal caballo un viajero que revelaba estar sumido en la miseria. Ocampo que estaba parado en la puerta de su habitación, conoció por el aspecto de aquel hombre que era una persona de educación distinguida, víctima de los azares de la fortuna.

—Caballero, le dijo al pasar, trae usted un caballo de raza pura que yo desearía poseer a cualquier precio.